

Crono

Antonny Díaz Vásquez

Yo no existo... pero el tiempo, sí.

CRON8

Antonny Díaz
Vásquez

Capítulo 1

CRONO

Antonny Díaz Vásquez

Camino. Voy caminando y veo la periferia, los flancos y el horizonte. Veo ambas aceras, las casas sobre ellas; bonitas casas, de madera, aluminio y hambre; veo todo excepto un alma, no hay nada delante ni detrás, apenas el rumor del viento que agita mis vestiduras y el sol que cae sobre mi corona. Todos están metidos, resguardados, pues es el toque de queda y no quieren enfadar al dios.

—¿Qué dios?—me pregunto.

—El dios de ellos, su dios, el que han creado para sufrir—me contesto.

«¿Creado?» «¿Se puede crear a dios?» «¿Si yo creo a dios, no soy también dios?» Me hago estas preguntas mientras continuo desandando y vagando. Alguien, al principio no me doy cuenta quién, luego veo que es una niña con la cara color tierra y el universo reflejado en sus ojos, me mira. Bueno, tengo la sensación de que me mira; tanto tiempo y aún conservo esa sensación. De verdad mira a un chico, de unos quince o dieciséis; está plasmado en el piso. Sus ojos, rojos y sollozantes; su pelo, del lacio mezclado con el limo que parece almizcle; su cara, con cardenales, mira con torvo al agresor. Éste no para de patalear y patalear, de maldecir y maldecir, de insultar e insultar al pobre muchacho cuyo único delito fue buscar, al pozo, una miseria de agua para la seca garganta de su hermanita.

«Pero en el toque de queda».

—¡A Hemilo no le gusta que salgas hoy!—repite cada vez que acierta con el pie, con el puño o con la saliva—. ¡Ay, eres un felón y un ingrato! ¡Pero no vamos a pagar por tus afrentas, te vas a arder hasta el tuétano!

El mozo no dice nada. Aunque, en realidad, lo dice todo con la mirada: negación, miedo y rencor se dibujan en su mirar. No dejará que lo maten. Con gran ímpetu y determinación se levanta, tumba al atacante (que por sus facciones y parentesco, al fin me he dado cuenta de que es el padre), cae encima de él y empieza a aplanar su faz con sus nudillos. El padre, más viejo, pero también más fuerte, le aprieta el cuello con ambas manos. Al cabo de un rato, sus golpes se tornan aspavientos, su mirada blanca y la lengua expuesta. Me maravillaría intervenir, mas no me es posible; la línea entre ambos lados es tan tenue y delgada, pero a la vez tan sólida; me arredra. No es necesario. Un pequeño ángel de la guarda ha abierto una zanja en la cabeza del padre con una piedra, más afilada

de lo pretendido, de seguro; el padre suelta al hijo y ve a la hija, su mirada va más allá del simple estupor, me atrevo a decir que esa pequeña acción ha hecho que se tambaleen los cimientos de su amor. Amor tosco, áspero, dañino, pero amor. Luego de mirarla por una eternidad encerrada en un segundo, cae, inerte.

«Ha muerto» me digo. Está atravesando la línea hacia el lado opuesto, hacia a mí. Esa es la confirmación. Ahora deberá emprender un largo camino sólo para saber en qué hemisferio estará; muchos no lo hacen (como yo), nos quedamos vagando.

En la cara del mozo está, más que la sorpresa y el pavor, el inmenso cariño y afecto; la inmensurable deuda que nunca podrá pagar por más amor que entregue. Ese repentino acceso de ternura parece que va a llenar mi corazón vacuo (claro que eso no es posible, pero se siente así). Con miedo y arrebató a la vez, toma la mano de la pequeña, le echa una última mirada al cadáver y emprenden la huida.

«Probablemente no llegarán lejos, pero al menos, sí más que hoy».

Luego de ese súbito evento, continúo mi camino. No sin antes oír a mis espaldas los gritos de asombro, especulación y sorpresa; el toque de queda ha pasado, yo pensaba que había empezado. El tiempo no transcurre para nosotros, al menos no como para los mundanos. Sigo. Sé a quién estoy buscando, hace mucho que oí de él y no lo creo verosímil hasta que lo vea. Se supone que está al final de la calle. Siempre (hace mucho) ha estado ahí, pero todavía me queda distancia, y con mi paso pueden pasar muchos otoños. Veo una puerta entreabierta, pero no veo por la abertura. Parece una cantina. Está casi vacía, apenas hay uno comiendo mazamorra y otro mirando sin ver. El polvo en el aire hace parecer increíble que respiren; siempre me ha gustado dilucidar esas pequeñas partículas flotando en el haz de luz. Primero pienso que la cantinera no respira (está cabizbaja, taciturna), luego me doy cuenta de que respira tristeza. De todas las facultades que se me han dado (también es correcto decir penurias), no me pudieron dar o no me quisieron dar la capacidad de ver, más allá, el mundo y los sucesos en el seso de la gente. Me hubiera gustado. No sé por qué sufre, por qué llora su alma, por qué su luz no es más que tinieblas. Me gustaría saberlo, pero no le puedo preguntar. Por un instante, otra vez, pienso que el deslumbrado me mira, cosa que no hace, la ve a ella; la cantinera no se ha dado cuenta. Él se levanta, con paso falso, deleznable, maligno se dirige hacia nosotros. Se sienta. Nunca había sentido esa sensación, me la habían contado ya, pero no era de esperarse. Él no sabe, mucho menos lo siente; está yuxtapuesto en mi espacio, siento cómo su cuerpo es mi cuerpo, su espacio mi espacio. Me retiro de inmediato. Es tóxico y desagradable; sólo observo. Él tira unas varias monedas sobre la barra; destellan, tintinean y timbran como lúgubre presagio. Ella no lo mira, está como en un estupor sin sorpresa. Ladea un poco la cabeza; está allí un hombre. Parece que se

sucedió de la nada; yo no lo había visto (ni sentido). Es grande, atemorizante, inescrupuloso, frívolo. Todo eso se deduce con sólo verlo. Él asiente vagamente y a ella se le crispa la cara, se muerde el labio inferior y sale corriendo hacia arriba, la segunda planta. El deslumbrado la sigue con borrosa, confusa añoranza; como un feligrés al que, luego de mucho tiempo y pruebas, lo conducen a la consagración para ejercer el ministerio.

Lo que sucede arriba lo veo, pero no lo cuento. No hay necesidad de acentuar ni transmitir el dolor, el inmenso dolor de un cuerpo y de unas entrañas aciagas, endebles y deshechas. Creo que transcurre el tiempo. Veo varias escenas, mas no me paro; ya tengo la vista enferma de tanto ver. Parece como si progenies y generaciones completas ocurren a mi lado y a mi paso, sin embargo yo no avanzo (al ritmo que deseo). Ya dije que el tiempo no transcurre para nosotros como para ellos y eso, a veces, me frustra. Presenciar el inicio y el final una y otra vez derrumba los anhelos de perseverar en este mi fin sin sentido.

Ya casi llego al final. Miro hacia atrás; parece que el mundo no existe. Valles, acantilados, despeñaderos y cañones colman la vista. No sé sentir miedo (ni poco más), pero, de seguro, lo sentiría ahora. Avanzo y es como si entrara en un gran pórtico, un inmenso túnel rodeado de natura y de ánimas. En el gran término en donde todo converge, en donde lo separado se une, donde lo primero es lo último.

Después de rayos, remolinos y tormentas llego. En el cielo todavía quedan rastros de destrucción, está ceniciento; mas con los haces del Horus o del Helios se va pintando el manto celeste. Explayo la visión más allá y al fin lo veo. Al principio lo diviso disminuido, pero conforme voy avanzando más nítida me es la imagen. Cuando estoy a una distancia atinada (que pueden ser kilómetros), puedo narrar sus detalles, es una escena particular: está una inmensa estructura, una grandísima torre que se pierde por entre las nubes, desde luego, no alcanzo a ver su cúspide; este gigantesco almacén se asemeja más a una torre telefónica o de tendido o cableado eléctrico. Anexada a ella hay una larga, parece infinita, escalera. E iniciando el ascenso veo un punto, un diminuto punto que va subiendo lenta y cansinamente. (Aquí pudo haber pasado un periodo considerable) Cuando estoy más cerca, observo que es un viejo, un anciano, va todo vestido de blanco. Sus años, pareciera que se pueden contar según la cantidad de arrugas que hay en todo su ser, sin embargo la cantidad es indeterminada. Él sube y sube, yo sólo me quedo observando. Estoy quieto, como estatua, casi con embeleso viendo su ascenso. En el momento en que él es sólo un pequeño grano de arena, sólo una lejanísima estrella, en un súbito, mucho más que fugaz, inexistente se puede decir, *yoctosegundo*[1], un rayo cae, la mano de Zeus aplasta, pulveriza justo el lugar en donde él está. Su caída, como un meteoro o una estrella fugaz, es veloz, vertiginosa, fulminante y prácticamente momentánea (para los mundanos. No tengo que decir, no una vez más,

que lo que ven ellos y lo que vemos nosotros no es lo mismo). Cae justo a mi lado, la tierra se hunde, ahora es cóncava, las dimensiones del cráter las ignoro, tal vez sean más que las del astroblema Barringer[2] o las del lago Lonar[3].

Una vez que la colosal nube de polvo y partículas de sedimento empieza a disiparse, veo levantarse, en el núcleo del anillo, al viejo. Desciendo por la ladera. Me ve fijamente mientras voy acercándome. Ya que estamos cara a cara, le hago la pregunta, la insipiente y ansiada pregunta:

—¿Estás vivo o muerto?

—Esa respuesta la dio Alighieri hace mucho tiempo—contesta con una voz grave y profunda.

Ahora que bien lo veo, me doy cuenta de que lleva una camisa de crepé, pantalones de dril, un sombrero de paja y unas alpargatas consumidas. En su cara se entrevé adustez, estoicismo y aspereza, pero también mucha bondad. Su rostro define la dureza de los paquidermos, la corteza inquebrantable de la experiencia y la sabiduría; lo curtido. Me quedo observándolo largo rato, y justo cuando voy a formular la proposición, él adivina mi pensar y dice:

—Vamos. Vayamos allá y ejerzamos la virtud de los hombres—dice (a pesar de que yo ya no soy uno y él no parece serlo).

Asiento con la cabeza; caminamos por mucho tiempo, levantando polvo a nuestro paso, hundiendo nuestros pies en la mar de arena y sílice. Divisamos una caverna, convenimos que ese es un buen lugar. Cuando entramos, él se repantiga sobre un peñasco junto a la pared, yo me dejo caer en el suelo, en posición meditabunda, con los pies debajo de mí. Empieza la interlocución, hablamos de muchas cosas: de religión, de teología, de gnosticismo, de filosofía, de matemáticas. De Homero y su Odisea, de Hesíodo y su Teogonía, de Platón y su República, de Euclides y sus Elementos, de Apolodoro y su Biblioteca, de Aristóteles y su Retórica, de Virgilio y su Eneida y también de sus Geórgicas, de Séneca y sus Cartas; de monoteísmo, politeísmo, henoteísmo, panteísmo, ateísmo y agnosticismo. De hedonismo, de existencialismo, de nihilismo, en resumen: de todos los «ismos» habidos, de todas las cosas. Me parece que hablamos por años, tal vez por siglos... o incluso milenios.

Terminado nuestro empírico encuentro, decidimos que lo mejor es volver a salir, volver a sentir el sol y los elementos en nuestros rostros. Antes de irme observo la cueva, parece más vieja, más consumida y retraída. La erosión la ha achicado, ha ido muriendo, sin darnos cuenta, mientras hablábamos.

—Salgamos—dice el viejo.

Damos el primer paso hacia afuera. La luz nos ciega, la lumbre del sol nos deslumbra. Debemos taparnos los ojos con los brazos. Después de tanto tiempo de un voluntario cautiverio, nuestros ojos están demasiados aletargados para tanta luz. Aun así avanzamos. El fuerte viento hace ondear nuestras ropas, que son más bien estropajos andrajosos; él se sostiene el sombrero, yo la túnica, aunque dudo que la potencia del viento pueda arrebatármela... Después de mucho caminar, llegamos, por fin, a la base de la torre, de la gran estructura. Ahora está herrumbrosa, llena de hierro oxidado, completa de salitre. Él toca la estructura, inmediatamente su mano se mancha de color ladrillo, y ahí, con su mano puesta en el primer eslabón de su ecuánime propósito, me dice:

—Aquí nos despedimos—parece que quiere decir algo más, pero calla.

—El encanto y la gracia que me provocó nuestro encuentro hizo que valieran todas las penas que he pasado—le digo, con un leve tono de alabanza y agradecimiento.

Él sólo se limita a mirarme con los ojos pesados, llenos de experiencias, tanto buenas como malas; de desgracias, placeres, virtudes y arrepentimientos. Antes de que dé la última (que yo creo) media vuelta, le pregunto:

—¿No hay nada que pueda hacer para ayudarte?

El silencio. Parece hasta un poco sorprendido por el ofrecimiento. Estira las comisuras de sus labios un poco y lentamente. Es una sonrisa tan humana, tan buena, tan real y tan verdadera que conmueve todo mi ser y hace que me estremezca.

—Ya me has ayudado—sin haber soltado la mano diestra del primer peldaño, asiente, junto con su sombrero, con la zurda, y empieza a subir.

Ahí me quedo. Mirando la que me pareció el alma más pura sobre la tierra, ascender hacia su noble propósito y su benéfico destino. Después de un rato, tal vez de horas, días o hasta semanas, me alejo. Cuando estoy apartado, doy media vuelta y miro.

Uno, dos, tres, otro y otro. Otro más, peldaño por peldaño, escalón por escalón, está debatiendo la dura lucha contra su fin, contra las adversidades (que pesan en su alma). Siento que soy inútil al no poder servir a su causa, al sólo poder quedarme ahí, como un simple espectador.

En lo que estoy ahí, parado y cavilando sobre estas cosas, un inmenso trueno, que parece abarcar al mundo entero, resquebraja la tierra. A

partir de la colosal grieta que se abrió y que empieza a separarse cada vez más, salen los seres más horrendos que jamás vi, rezuman maldad por todos lados: todos son alados, tienen alas como de murciélagos, sin pelo, en ellas se puede ver, a trasluz, las ramificaciones de venas (llenas de sangre negra, como ni siquiera el hombre más maligno posee) que las trazan; sus pechos son fornidos y suben y bajan con exaltado nerviosismo; tienen huecos oscuros en los esternones que les parecen llegar al alma carcomida y podrida que han de tener; sus manos tienen pliegues entre los dedos que se asemejan a los de las criaturas de las profundidades más abismales de los océanos, están coronadas por largas uñas afiladas, negras y sucias; roídas como si hubieran estado raspando piedras (o huesos, con restos de carne disecada y desteñida) por años; sus pies son planos, con inmensas pezuñas al final de los dedos en cuya última falange hay una horrenda mata de pelos, los talones y la planta entera están cubiertos por grandes y profundos cayos amarillentos; el rostro, ¡oh, el rostro!, es lo más feo para decir. «Esos rostros—pienso—son las cosas más horrendas, nauseabundas y abominables que esta tierra ha tenido que ver», sus rostros son de distintas formas: vi uno que tiene sendos colmillos volteados hacia arriba en la boca, orejas puntiagudas pobladas de pelos negros, muy negros; otro vi convulsionándose en muchas direcciones, botando espuma de la boca, como un perro con rabia, mira a todos lados como esperando encontrar a alguien para destrozar, para desbaratarle la carne y la vida. Sus ojos, frenéticos, se mueven de un lugar para otro, el iris es una mancha acuosa y borrosa, oscura, enroscado en sus bordes por un anillo rojo sanguinolento; otro tiene la faz entera cubierta de ojos, no queda espacio para la piel, sólo se ve un mapa de escleróticas cruzadas por cientos de líneas vinotintas, palpitantes y furiosas; otro tiene la cara hundida, como si la hubieran aplastado con un zapato o un martillo; y otro, que es el que más me impacta y atemoriza, la tiene revuelta, no se puede concebir un rostro, realmente. Es un amasijo de piel y facciones, es como si lo hubiera agarrado (un ser muy poderoso y sádico) y lo hubiese revuelto, compactado, desordenado, *amasado*, precisamente, como una masa.

Toda esta hueste, más bien, todo este *enjambre* de demonios o diablos, porque eso es lo que son, estoy convencido de que eso son, de color bermellón chillón, sacado del mismísimo Infierno, empieza a ocupar parte del cielo. Son millones. Tapan los rayos del sol, están en todas partes...

«¡Oh, no! Por favor no. ¡Esto no puede estar pasando! No, no, ¡no!»—digo mientras me jalo, con desesperación, los cabellos.

Y todos se dirigen a un punto, al mismo punto: a la torre, hacia el viejo.

Todos están armados, algunos tienen grandes tridentes ennegrecidos, como si toda la vida hubieran estado en fuego; otros espadas, lanzas, machetes, dagas y sables. Veo uno con un arma peculiar y,

probablemente, mortífera: es una gran espada, muy larga y, en la punta, tiene una cabeza de dragón, pero no una cabeza tallada o esculpida, sino real y, lo que es peor, viva. La cabeza, con escamas verduzcas, cuernos, en espiral, de marfil, ojos rojos centelleantes y una lengua bífida y serpentina, bota chorros de fuego por la boca. Todas estas armas están aparejadas y dispuestas para un solo propósito: matarlo.

En mi desesperación, mientras veo el avance de este ejército diabólico, intento avanzar, intento ayudar, pero apenas doy el primer paso, reboto, dolorosamente, contra la línea, *la maldita línea*. Caigo en el suelo y aprieto, con impotencia, mis puños. Los aprieto con mucha fuerza, y golpeo el piso repetidas veces.

—¡No!—un puñetazo—, ¡no!—otro más—¡No!—el último...

Miro hacia la torre. Veo al enjambre acercarse cada vez más. Y veo, con un vuelco del corazón (en este punto no me percaté de todo lo que estoy sintiendo), al viejo, a mi amigo. Ahí está, convertido en el solitario punto blanco que sigue avanzando. En contraposición, los millones de puntos bermellones, apretujados, van a la carga en su contra. Me levanto. La impotencia, la desesperación y la desesperanza me están consumiendo, parecen llevarme al paroxismo de la locura, y en ese instante, mi mente es asaltada por una película de recuerdos: el inicio de mi travesía, las bonitas casas de madera, la hermosa cara de aquella niña, el cadáver del padre, la taciturna tabernera y la enfermiza cara del deslumbrado, la gente a mi alrededor, los pueblos que nacieron y cayeron a mi lado, el mundo convertido en un único continente devastado, los hondos valles, las altas montañas, los imponentes cañones...

El cielo se torna carmesí, mejor dicho, se torna sangre. Hay fuego en las nubes. Potentísimos truenos y gigantescos relámpagos comienzan a sonar y a verse por todas partes. El viento parece que va a despegar la tierra, está arrasando con todo a su paso, con la completa potencia de un gran huracán. Piedras pequeñas, arbustos secos, peñascos y cuñas inmensas empiezan a volar. El viento lo arrastra todo. Los truenos quiebran mis tímpanos. El cielo es cortado y rasgado por los relámpagos. Ligeramente, la tierra empieza a temblar.

Recuerdo cuando vi al viejo, cuando vi a ese diminuto punto que subía esforzadamente, el mismo punto que está a punto de ser aniquilado ahora. Recuerdo cuando el rayo mortal chocó contra él, cómo bajó, al igual que un proyectil, y se estrelló en la tierra, creando un espectáculo geológico increíble. Recuerdo su mirada profunda al acercarme, su voz grave, pero buena; recuerdo la conversación, todo el acervo que obtuve gracias a su abnegada sabiduría. Todas las cosas que hablamos. Todas las cosas que supe.

Todos esos recuerdos y todas esas experiencias.

Pongo las manos, impulsado por unas energías y unas ganas desconocidas, pero muy desmesuradas, sobre la invisible pared que separa nuestros mundos. Siento, al tacto, su superficie lisa, pero a la vez acuosa, laxa, como si fuera una cascada sólida. Desde el lugar donde toco con mis dedos, se expande una onda, como una gota que cae sobre un mar en calma. Los truenos, los rayos, el ruido, el caos y el mal parecen desaparecer. Sólo estoy enfocado en la pared. En ese espejo enigmático que jamás he podido traspasar. Esa frontera entre lo real y ficticio.

Todo está quieto. Sólo estamos la línea y yo. Acompañando a las ondas que nacen del tacto con mis dedos, ondas blancas, traslúcidas, mágicas, hay una suave melodía, como de organillo. Cada que toco con las yemas de mis dedos, un magnánimo y melodioso xilófono parece tocar en una nota muy baja y suave. Me admiro con tanta belleza. Muevo los ojos, sólo un poco, para darme cuenta de que los diablos están más cerca. Me invade la furia, la rabia (*itengo que pararlos!*), así que empujo, con fuerza, pero paradójicamente sin dificultad, mis dedos, luego las manos completas, la estoy traspasando. Toda la superficie se retuerce en un calambre eléctrico, chasquidos de electricidad recorren toda la pared. Es como si le doliera (como si odiara) que la esté atravesando.

No tengo plena consciencia de lo que hago, sólo sé que la debo cruzar. Los recuerdos me alimentan, me dan fuerzas, así que me empeño en recordar. Siento que atravieso una red elástica; la pared comienza a hacer resistencia, como si una gran banda de goma tratara de llevarme hacia atrás. Siento su presión en mi pecho, luego en todo mi cuerpo, como si descendiera muy, muy profundo en el agua y la presión me estuviera comprimiendo.

Ahora estoy en la mitad. Parece que nado en un molde de gel. Pataleo, doy manotazos, hago todo tipo de piruetas con tal de avanzar. Pongo un pie afuera, al otro lado; todo mi cuerpo continúa dentro, luego empieza a salir la pantorrilla, después la pierna entera. En el interior de la pared no se siente, a cabalidad, los estímulos externos; es, justamente, como estar debajo del agua. Los sonidos llegan amortiguados, ininteligibles. Las imágenes, borrosas. Al contrario, del otro lado, siento la fuerte ráfaga de viento chocar contra mi pierna, el polvo y las diminutas piedrecillas bombardeándola. Estoy asustado, pero a la vez excitado y trémulo. Siento que la pierna cobra vida. Que está vivificada, a diferencia del resto del cuerpo que sigue dentro y rodeado de la pared.

Hago otro esfuerzo y saco la otra pierna. Visto desde el otro lado, pareciera que dos piernas sin dueño están paradas solas y sin anexo a cuerpo alguno. Empujo un tanto más y saco un poco de la cadera y la

barriga, luego del pecho. Ahora siento mucho más el viento.

«¡Estoy saliendo, en verdad estoy saliendo!», pienso con creciente emoción. Sólo falta sacar la cara. Estoy emocionado, sí, hasta feliz podría decirse, pero también tengo una sensación extraña. Como una lejana melancolía, una suspendida lamentación muy atrás en mi mente, en mi subconsciente. Anhele abandonar este mundo, esta miseria y vacío propio de las personas que están en mi estado. Quitarme la pesadumbre de no existir, aunque sé que es imposible (yo lo creía imposible, justo hasta este momento). Al fin y al cabo, es lo justo, ¿no? Ya ha pasado mi tiempo en aquel otro mundo, mis oportunidades, *mi vida*. ¿Quién soy yo para merecer otra oportunidad que es negada a millares de almas? Sólo la pared, el límite, la línea lo sabe... y me está dejando cruzar.

Tenso mi rostro, las venas se dejan ver en mi cuello; choco mis dientes, hago presión con ellos en el esfuerzo encomiable por sacar mi cara. Por ver y por sentir la vida. Al fin sale; inmediatamente siento el cortante viento atravesar la piel de mi faz y revolotear mis cabellos. La luz del sol es mucho más cegadora que antes, estrujo mi cara ante el acceso y el exceso repentino de luminosidad. Siento, ahora más que nunca, el incesante polvo intentando penetrar en mis ojos y boca, lo logra. Como polvo, mi caja bucal se llena de partículas sedimentarias, las siento aposentarse en mi lengua e incrustarse en mis dientes; me secan la boca. Escupo, espasmódico, muchas veces. Veo cómo el suelo, árido y lleno de arena y piedras, crea pequeñas formas irregulares húmedas, en su superficie, por mi saliva. Parpadeo y meneo la cabeza varias veces para orientarme, para volver en sí. Con casi todo el cuerpo afuera, recuerdo, súbitamente, lo que me impulsó a realizar tal acto; subo la mirada y veo la torre, el punto blanco, que de tan lejano parece no moverse, y los puntos bermellones, avanzando con más furia, más instinto asesino y más odio.

Vuelvo a estremecerme con más impotencia que nunca, pero con el conocimiento de que ahora puedo hacer algo. Con último, definitivo, desgarrado esfuerzo y alarido, cruzo completamente la pared. Caigo con las dos manos hacia delante, cuadrúpedo. Me quedo un momento observando mis manos, fijamente, como si tuviera una visión tan poderosa que incluso pudiese ver el torrente sanguíneo que las recorre; silencioso, retraigo un poco mis dedos, recogiendo tierra, arena y polvo. Siento su composición, su textura. Una miedosa y retraída sonrisa cruza mi boca. «¡Estoy... estoy... sí, realmente estoy vivo!», pienso.

Me levanto de un salto, más feliz y emocionado que nunca. Me siento completo. Un instante después, percibo como toda la sangre adentro de mí empieza a moverse, como bombea el corazón, como se dilatan y se contraen mis pulmones, como los capilares de todo mi cuerpo se rozan con mis ropas. Siento aún cómo en mi cerebro comienzan a ejecutarse las conexiones neuronales, cómo, a través de los axones, llega información a

las dendritas. Y entonces... se estrellan, fugaces, como chispas generadas por la fricción de una sierra a grandes velocidades con un metal, las memorias de mi vida pasada.

Siento que el hueco que está en lo más profundo de mi ser se llena. Como cuando la luz indaga, titubeante y temerosa, en las fauces de una oscura y honda cueva. Mi pozo vacío y seco se está llenando con agua, agua plagada de recuerdos y memoria. El alma vuelve a aposentarse en el cascarón vacío.

La vida vuelve a mí, y con ella recuerdo dónde nací, dónde crecí, quién fui, qué hice, dónde anduve, con quién estuve, con quién me casé y con quién morí, pero lo más preciado, lo más significativo (el agujero está completamente lleno), lo más importante que recuerdo es... mi nombre. Sé mi nombre. Sé quién fui y quiénes me rodearon. ¡Quién soy!

Con una gran inhalación lleno mis pulmones, sintiendo tristeza y felicidad al mismo tiempo, en una mezcla confusa de emociones, lanzo el mayor alarido que jamás di, el grito más potente que vez alguna haya salido de mi garganta:

—¡Ahh! ¡Estoy aquí! ¡Heeey, ustedes! ¡Estoy aquíiii! ¡Estoy vivo! ¡Sé quién soy! ¡Oooigan!... ¡Soy Crono!

Mi grito, reverberando en la lejanía con megalítico eco, parece paralizar el tiempo. Todo parece detenerse. El viejo (mi amigo) esta vez sí detiene el avance. El ejército demoníaco frena salvajemente su marcha, los unos chocan violentamente contra los otros; varios caen en picada desde el aire. En semejante tumulto, muchos de ellos se arañan, muerden, golpean e insultan. Algunos, al detectar de dónde provino el aullido, fijan su mirada en mí, que estoy en tierra. Posan sus ojos asesinos y salvajes sobre mí, estudiándome, probablemente resolviendo mandarme de donde acabo de venir.

Uno de ellos, que va a la cabeza, es mucho más grande que los demás y parece el líder y guía, me dice con petulancia:

—¿Quién osa, entre los inmundos seres humanos, a interrumpir nuestra marcha?

Su voz, potentísima y grave, propia del mismo Satanás, impacta contra mí, infundiéndome ese aliento a muerte y sangre. Cierro mis puños y tenso mi cuerpo, presiono mis pies contra la tierra, esperando encontrar una posición sólida. —Yo—contesto—. Ustedes, malditos, no van a detener a ese hombre.

El líder me mira con arrogancia, con soberbia, como un gigante que observa a la hormiga más pequeña del universo declararle la guerra.

Antes de que pueda contestar, saltan los otros asquerosos demonios:

—¡Matémoslo!—dice uno claramente exaltado—¡Comámoslo!
¡Arranquémosle la cabeza—dice otro con voz aguda, emocionada y estremecida. Uno, visiblemente desquiciado y enloquecido, dice:

—¡Piquémoslo! ¡Cortémoslo en muchos y pequeños pedacitos!
¡Piquémoslo, despedacémoslo! ¡Y caguemos y meemos todas su partes!—dice mientras bota toneladas de baba por su mortal boca llena de colmillos.

Su propuesta es recibida con vítores, aplausos y gritos de entusiasmo. El líder iba escuchando esas propuestas asintiendo con la cabeza, sereno, pero con los ojos de una bestia salvaje y con una sonrisa mortífera y sucia.

—No veo que ninguna de estas propuestas sea mala—«¡Sí!», decían muchos otros, excitados—, podemos elegir una...¡o hacerlas todas!—y su sonrisa se convirtió en una mueca enferma y enloquecida. «¡Sí!» «¡Vamos!» «¡Hagámoslo!», continuaban.

Detrás de él, se podían oír los gruñidos, llenos de rencor y animadversión, de los millones de diablos. El sonido de perros que están a punto de batirse a muerte con otros. En lo que algunos contorsionan y estiran su alas, otros lamen las puntas de sus armas; otros se inclinan hacia delante, con ojos vivaces, expectantes, en posición ofensiva, esperando la señal para atacarme. El líder, con tremenda cara de satisfacción, sube el brazo; su mano hace una seña con los dedos índice y pulgar:

—Te mandaremos tan profundo, que el noveno círculo del Infierno no será tu última morada—dice y de inmediato baja el brazo.

Como un interruptor que pusiera de golpe a funcionar una gigantesca maquinaria, el tropel de millones de demonios se lanza contra mí. Millares de alas se baten creando una ráfaga de viento monstruosa que me empuja hacia atrás, pero no me caigo, más bien, me mantengo firme, con los puños apretados y el cuerpo tenso, en posición estoica, heroica incluso. Se acercan gritando, vituperando, insultando y maldiciendo, profiriéndome la más variada mezcla de ofensas para amedrentarme. Veo cómo las puntas de sus condenadas armas destellan a la luz de un sol rojo y se juntan como un megalítico aguijón múltiple de un ser inimaginable.

Lo miro. Veo al viejo allá arriba, a lo lejos. Se ha dado media vuelta para verme, con certeza, por última vez. Los rayos, los truenos, el cielo rojo sangre, las nubes negras; parece que el Armagedón se está dando. El fortísimo viento sacude todo con un sonido perturbador y tenebroso, un intenso silbido que se mete en mis tímpanos y en mis huesos. A pesar de todo, lo veo, y aunque está lejos, a leguas y leguas de distancia, es como

si lo viera cara a cara, como si estuviera ahí, con él. Los demonios siguen avanzando y a mí sólo me sale aullar con todas mis fuerzas:

—¡Avanza! ¡Continúa! ¡No te detengas!

No te detengas jamás, ni por un minuto, nunca más.

El viejo ahí, medio volteado, con las ropas blancas ondulándose al viento, habla. Dice sin decir nada, sólo mueve sus labios sin expulsar ningún sonido ni ninguna nota de voz, pero yo lo comprendo, escucho perfectamente en mi mente lo que dice:

—Gracias—se da la última y definitiva media vuelta y empieza a recorrer el último tramo de su épico camino.

Y ahí estoy yo, sin moverme ni un centímetro, sin accionar ninguna parte de mi cuerpo, prácticamente sin respirar (¿estoy respirando?), esperando que la ola bermellona me impacte. Siento en las plantas de mis pies las piedrecillas que trajo el viento y las depositó dentro de mis sandalias, les hago presión con mi cuerpo, es una sensación incómoda. La piedra en el zapato, literalmente.

«Es una pena—pienso—. Ni siquiera estuve lo suficiente para ver el alba. ¡Ahhh!, pero fue un regalo poder recordar por momentos. ¡Sí, señor! Fue grato, sólo puedo estar agradecido (contigo, línea). Estoy contento—aunque lo pienso con bastante melancolía. Una línea de sonrisa triste cruza mis labios—. Logré distraerlos, ¡ja! Esos imbéciles; el odio, el rencor y la envidia no son buenos, chicos. Les nubla la vista, les nubla el juicio—meneo un poco la cabeza, en señal de pena y desaprobación—. ¡Pero aquí estoy! ¡Vamos! ¡Vengan con todo!»

Mis ojos se encienden, aprieto mis labios y endurezco mi cuerpo, preparado para el impacto. No sabría decir cuánto tardaron en llegar hasta a mí, cuánto tiempo les costó alcanzarme. Soy Crono, lo sé. Pero no sé cuánto duraron; me pareció mucho tiempo.

Ya están por chocarme, por arrasarme. A medida que se acercan, la tierra empieza a vibrar. Las piedras se mueven, lentamente, de su lugar. «Ya están aquí», pienso. Entonces entrego mi pecho, entrego mi vida y entrego mi alma. El choque está a punto de producirse... pero algo pasa.

Un sonido. Divino, beato se podría decir, retumba por los cuatro vientos. Seguido de eso, una luz. Una luz santa, elevada y pura cubre todo. Justo antes de que lleguen a mí, esa luz abate a los demonios. Los consume poco a poco. Les abre huecos luminosos por todas partes, como cuando se quema una hoja desde el centro y las brasas arden y las cenizas caen, sus cuerpos, volviéndose nada, caen. La luz los va matando y la luz me salva. Veo maravillado cómo la luz se cierne sobre mi amigo. Es una singularidad

inexplicable. La luz lo cubre, lo tapa, sus brazos y sus piernas se tornan blancos y su cuerpo se funde con la luz, se convierte en la luz, allá arriba en la cima.

«Ha dejado de existir—pienso—... No. No se ha ido. Ahora es el universo. Ahora es todo.»

La luz es cegadora y se extiende por todas partes. El ejército, dando gritos de desesperación, temor, muerte y miedo, desaparece, excepto un último diablo, el último de la retaguardia. Antes de morir, lanza un alarido horrible y agónico, con ojos grandes y desorbitados mira a la torre, allá arriba, a la cúspide, y se desvanece.

La luz reconstruye todo. Por donde pasa, todo recobra la vida, en donde estaba árido, ahora está verde. Todo empieza a crecer, fructífero, venciendo al mal y a la desgracia. El cielo se tinta de un azul hermoso. El sol, de un amarillo resplandeciente, sonríe al mundo próspero. La naturaleza, antes marrón y sin vida, se llena de plantas, de flores y de muchísimos colores. Todo es una belleza. Todo vuelve a empezar y la vida cobra sentido.

Mi alma, contenta e infinitamente alegre, se llena de bienestar y de paz.

La luz. La santa luz. Luz nívea y pura. Luz que lo cubre todo, que revive todo. Luz global. Luz beata. Te deifico. Te alabo. Porque eres única, eres bien. Luz santa, santa luz. La luz mía y la de todos. Luz magnífica que desata el desarrollo. Luz buena que liberta a la civilización. Luz ecuánime que liberará a todos los hombres.

A Ana María Vásquez Romero

NOTAS

[1] Un yoctosegundo es la billonésima de la billonésima parte de un segundo.

[2] El cráter Barringer es un cráter formado por el impacto de un meteorito hace 50,000 años.

[3] El lago Lonar es un cráter formado por el impacto de un meteorito en la época del Pleistoceno.